

sas? ¿No os armasteis de hogueras para extinguir la herejía, no habéis tenido el poder en vuestras manos, no habéis reinado exclusivamente?<sup>33</sup>

Reaparecen en nuestro suelo los estragos y los crímenes provocados por la Inquisición, que atrofió todo contacto con el exterior y todo deseo de conducirse racionalmente:

[...] la España se reposa de su larga lucha con los moros, enciende una hoguera para quemar a todo el que intente perturbar el sueño a que va a abandonarse, y manda al océano tres carabelas para que le traigan de qué vivir en la indolencia y en la ociosidad de espíritu y de cuerpo que se prepara bajo la sombra de todos los despotismos concebibles mancomunados [...]

Era la Inquisición de Lima un fantasma de terror que había mandado la España a América.

Ello habría inducido a la gente a invertir el apotegma cartesiano: «Existo, luego no pienso».<sup>34</sup>

A los jesuitas tampoco se los exime de culpa en la empresa evangelizadora, pues a su Compañía se le imputa tanto el haber actuado sin sentimientos patrióticos, subordinándose exclusivamente al papado, como el haber ejercido la mayor influencia sobre la mentalidad hispanoamericana, especialmente sobre los indígenas de las Misiones. Estas últimas, a diferencia de los cuáqueros, que erigieron a Pennsylvania, no dejaron ningún resultado positivo y, más aún, fomentaron un estilo de lamentables consecuencias.<sup>35</sup>

La perniciosa caracterología hispana también se repite magnificadamente en nuestra América. Así Sarmiento llega a sospechar que el cerebro de los criollos americanos resulte más reducido que el de los peninsulares, por su mezcla con razas inferiores que lo tienen «conocidamente más pequeño que las razas europeas».<sup>36</sup> Y los salvajes, raza prehistórica, esencialmente servil, adolecen de la facultad de pensar y se guían sólo por el sentimiento.

Ello habría producido formas deplorables de organización y «un gobierno mixto entre blanco, negro e indio, mestizo, zambo o mulato, según resulte de la amalgama social de abyectos, de exaltados o indiferentes, de bárbaros, de ignorantes y de ilustrados, de libres, de libertos y esclavos al fin».<sup>37</sup>

Paralelamente, se reproduce una impronta xenofóbica que no sólo trajeron los conquistadores consigo sino que se hallaba presente en las mismas Leyes de Indias, las cua-

<sup>33</sup> *Ibid.*, t. 4, pp. 38, 249.

<sup>34</sup> *Ibid.*, t. II, p. 213; *Recuerdos de provincia (B. Aires, Ed. de Belgrano, 1981)*, p. 99; *Conflictos*, p. 195.

<sup>35</sup> «Aplicando su sistema a la civilización de salvajes, verdaderos menores, sus teorías de gobierno patriarcal y protector merecen disculpa ante la severa crítica de la historia. Pero sus principios y sistemas de gobierno, sacados de su aplicación inmediata, se reprodujeron bajo una forma terrible y ruinosa en la tiranía del doctor Francia, la más espantosa de las consecuencias de esa aspiración a subordinar las opiniones del individuo, los apetitos y pasiones de la naturaleza a la autoridad que rige la sociedad. Las misiones y la posterior tiranía del Paraguay en el mismo sitio y sobre los mismos hombres, estaban fundadas sobre esta misma: el individuo, cuyo tutor era el Estado, era nada; el pecado estaba entre la categoría de los delitos y los crímenes, y sólo se diferenciaba por el grado de las penas. El individuo no debía poseer nada o poco en propiedad, y esto limitado por leyes suntuarias: la producción se hacía en común, presidida por el Estado, para bien del Estado y según lo dispusiesen, ordenasen y presidiesen las autoridades. A esta extraña innovación política acompañaba un sistema económico común a Fenelón y a Rousseau, cuyo axioma es bastarse a sí mismo [...] El malogrado Bastiat ha hecho una luminosa crítica de este sistema económico, que, al ser adoptado por todas las naciones a un tiempo, las condena al aislamiento y a la barbarie»; *O. Completas*, t. 16, p. 36.

<sup>36</sup> *Conflictos...*, p. 171.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 173.

les, además de procurar sofrenar los poderes locales y el autogobierno, estaban montadas sobre la exclusión en América de todo lo que no respondiera al cuño hispano-católico:

La España cerró sus colonias a todos los hombres de otra estirpe, idioma y creencia que la suya propia, de donde resultaba un sistema de instituciones exclusivas y prohibitorias que conculcaban todos los principios de libertad de acción y de pensamiento, sin los cuales la población del territorio es imposible, el gobierno una tutela o una tiranía, y la pobreza, debilidad, y por tanto la inferioridad como nación.<sup>38</sup>

De ese modo, quienes arribaban a las costas americanas podían ser aprisionados y ajusticiados por el solo hecho de no haber nacido en España. Las mercaderías también estaban sujetas a restricciones monopólicas, aunque el comercio terminó quedando fuera de la hegemonía peninsular:

[...] dejando la España de ser fabricante, se contentó con constituirse en proveedor de las mercaderías inglesas y francesas. Cádiz era el centro de estas factorías. Aquellas leyes restrictivas tuvieron desde los principios esas compensaciones con que la naturaleza castiga todos los absurdos. Jamaica se constituyó desde luego en centro comercial para el contrabando, y el monopolio español sufrió por siglos el contrapeso de este rival poderoso. Los que pudieron ser desde los principios colonos y aventureros en América se establecieron en los mares, en las islas desiertas, y desde allí atacaban a los españoles para arrebatárles los galeones que llegaron a hacerse una potencia marítima sin tierra y sin Estado, despojaron a la España de la mitad de las riquezas que sacaba de sus colonias.<sup>39</sup>

Según el parecer de Sarmiento las cosas no mejoraron sustancialmente después de la revolución emancipadora, por la emergencia de un sentimiento nacionalista y americanista que para aquél, como el hispanismo, eran contrarios al progreso, pensado en términos de europeización y adelantos materiales: «Hasta donde penetre un vapor en los ríos, una locomotora en la Pampa, alcanza lo que no es americano, argentino o español».<sup>40</sup>

El exclusivismo español, de naturaleza instintiva y al mismo tiempo infiltrado en la educación colonial, no pudo superarse con el proceso independentista, pues resurgirían las mismas antipatías contra lo extranjero. Hasta la misma idea de realizar un Congreso Americano, sin la participación de las potencias europeas, le parece a Sarmiento algo nefasto y que no vacila en calificar como inspirado en «teorías godas».<sup>41</sup>

También se queja de que en Sudamérica se siguiera llamando extranjeras a varias cuestiones fundamentales reñidas con la tradición española y que resultan indispensables para el mejoramiento continental: el sistema parlamentario, la industria, la libertad de expresión, las literaturas francesa e inglesa. Esto no denota para él otra cosa que la vocación de mantenerse aferrado a España.

En cambio, se trata precisamente de dejar de ser españoles, hispano-americanos, para convocar a pueblos auténticamente civilizados. Tarea que, pese a los poderosos obstáculos que encuentra, debe ser asumida sin ningún miramiento:

<sup>38</sup> O. Completas, t. 8, Comentarios a la Constitución, p. 7.

<sup>39</sup> Ibid., t. 16, pp. 40-1.

<sup>40</sup> Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria (B. Aires, Artes Gráfs. Chiesino, 1954), p. 63.

<sup>41</sup> O. Completas, t. 23, p. 9.

[...] el comerciante que quiere evitar la competencia del hombre más experto que él para ganar su fortuna, pide allá en el fondo de su corazón, que se cierre a los extranjeros el comercio de menudeo, a pretexto de que se llevan la plata del país; los artesanos quisieran que no se les permitiera industria, por no poder luchar con rivales tan temibles; el sacerdote se aferra en una intolerancia anticristiana, por no poder sufrir el espectáculo de la diferencia de ritos que lo condenaría a trabajar activamente en ilustrar a sus fieles; y hasta el hombre liberal se queja del gobierno que concede a la Inglaterra ventajas que en nada nos defraudan.

Últimamente, los gobiernos mismos fomentan estas homicidas preocupaciones españolas, fingiéndose amenazados por la Europa, y confundiendo a los poderes europeos y sus miras, con los hombres que la Europa nos envía, con las artes, la industria que necesitamos tomar de ella, para hallarnos alguna vez en estado de hacerla frente a ella misma y salir del vasallaje en que permaneceremos largo tiempo, si no se afanan todos los Estados americanos, no en disimular su impotencia con balandronadas ridículas, sino apropiándose ese mismo poder europeo, con sus hombres, sus medios de producir, sus instituciones.<sup>42</sup>

Sarmiento combate el ideal de la integración latinoamericana, de constituir «una familia aparte», al cual también atribuye un cariz españolizante porque supone una comunidad de origen que él no sólo ve con malos ojos sino que afirma que es inexistente y se ha perdido con el desarrollo de cada nación en particular:

[...] no hay que extrañar que nos mostremos tan indiferentes por lo que acontece, ya sea en Méjico, ya al otro lado de los Andes. ¿Quién es aquel americano ilustrado que no tenga que confesar que sigue con más ahinco los acontecimientos que tienen lugar hoy en Irlanda, que no los que ocurren a orillas del Plata? ¿Quién es el americano ilustrado que no ha tomado su partido entre Mr. Guizot o Thiers, entre O'Connell o Sir Robert Peel? Y entre tanto, ¿cuántos hombres podrían nombrar sin titubear, los presidentes de las Repúblicas Americanas? [...] ¿Acaso Chile es una nación como la Inglaterra o la Francia, que con su núcleo en Europa, tienen desparramada su población por toda la redondez de la tierra, anunciando, industriando y extendiendo la influencia de su patria? No, pues; cada Estado americano vive en sus propios límites, y lo que de ahí sale, salvo casos muy excepcionales, es un derramamiento inútil de su fuerza, no una expansión; es una pérdida, no una ganancia [...] los únicos intereses reales y que merezcan convenios en América, son los europeos derramados por todos los puertos americanos ligados entre sí.<sup>43</sup>

Y pese al desaliento que le suscita la tónica prevaleciente en América española, de proclamada superioridad sobre otros países como los Estados Unidos —ese «pueblo extraordinario que ha conquistado todas las libertades»—, mantiene la siguiente convicción: «No pasarán muchos años sin que los *intereses ingleses*, por ejemplo, distribuidos por toda América, se hayan hecho otorgar de cada Estado las seguridades que necesitan».<sup>44</sup>

No cuesta desprender las consecuencias de todo lo que se ha compendiado en esta sección. Hay que alejarse de aquello que ha constituido y sigue representando la ruina americana: el lastre español, el cual ha producido una «cadena de males que tiene su primer eslabón en la ocupación del continente»<sup>45</sup>. Para ello deben adoptarse diversas posturas. En primer lugar será necesario hacerse consciente de lo que ha significado España y actuar en consecuencia contra toda gravitación de sus resabios: «El sistema de

<sup>42</sup> Ibid., p. 13.

<sup>43</sup> Ibid., t. 34. Cuestiones americanas (B. Aires, I. y L. M. Moreno, 1900), pp. 36, 37, 39.

<sup>44</sup> Ibid., t. 29, p. 253; t. 34, p. 28.

<sup>45</sup> Ibid., t. 16, p. 40.